

ción se consagraban á su servicio. Los próceres de la independencia desconfiaban del pueblo y rechazaban la democracia en el terreno de las combinaciones políticas.—No obstante eso, la revolución penetra por todo, avasalla resistencias, estalla en catástrofes, recorre todas las alternativas de la fortuna desde lo más alto hasta lo más vergonzoso: demuele, sucumbe, renace y del seno de la vorágine salen la libertad y la igualdad, dominantes en principios y en forma en la altura presente de nuestro progreso social que limita la ambición de los contemporáneos á promover su organización en el pormenor de la vida y su defensa tras de sus garantías naturales.

No es esto todo, señores,—y lo digo para que resuene en los oídos de los que vituperan las masas argentinas: — mientras, á vuelta de espantosos desastres, se elaboraba la transformación de esta sociedad en un nuevo sér político,—era necesario propagar la revolución, radicarla de hecho como estaba radicada de derecho en la conciencia pública, domeñar reacciones, sacrificar en los ritos de la bandera nacional y entonar el himno patrio sobre las ruínas de las huestes destrozadas, con acento de victoria en Tucumán, con ira en las fronteras de Salta, con inalterable fortaleza en Vilcapugio y en la noche tristísima de Cancha Rayada; era necesario difundir el credo y estimular corajes desde el Plata hasta el Rimac, vencer bajo el círculo del Ecuador y dejar una huella de sangre y de heroísmo donde

quiera que un pueblo reclamara nuestro brazo fraternal.... Y todo fué hecho.... porque el pueblo se hizo legión: con el denuedo que suplía á los recursos y el patriotismo que suplía á la ciencia militar.—Venció el pueblo por su abnegación y por su arrojo, y las legiones enemigas sucumbían bajo el embate de las caballerías campesinas que no sólo han acudido á los campos del fratricidio, sino á las nobles lides en que se defendía el honor de la patria bajo la enseña agitada por Güemes y Belgrano, y donde las guiaba la fulminante espada de San Martín.... Menos grandes seríamos si las montañas se hubieran allanado al paso de nuestros héroes como caían los muros de Jericó al son de las trompetas hebreas; pero lo somos con glorias esplendentes, porque Dios inspiró soplo sublime en el pecho de los bravos que pisaban la boca de los abismos y las crestas de las heladas cumbres, á quienes nada amedrentó, ni el torrente, ni la tempestad, ni la derrota, ni el hambre, ni menos el enemigo que les confesaba fuertes y recibía la libertad de la misma mano que desarmaba su brazo y rompía su espada al pie del nuevo altar.

Me ufano de mi nombre y de mi sangre, y preconizo estas glorias porque ellas son para el pueblo argentino una ley y una vocación: una ley de honor y una vocación de sacrificio y de libertad.

¿Qué extraño, señores, que robustos caracteres se destacaran en senos tan fecundos? Si podemos revindicar hermosas glorias colecti-

vas,—podemos reivindicar también glorias personales no menos estimulantes.

Ungido por la muerte que le sorprende en el pleno de su esplendor, un hombre legó á la posteridad la memoria pura de su acción rápida y fértil, de su alma incontaminada de todo desfallecimiento, exenta de las manchas de la anarquía y de las intemperancias de la ambición. Espíritu escogido y corazón fogoso, abarcó temprano el sentido de la revolución, amó con frenesí y obró con denuedo. De todos los espectáculos del mundo moderno y de todos los hechos que brotaban ante sus ojos al calor de la irritación popular, recogió la lumbre que en su cabeza genial se convirtió en antorcha y en rayo. Formulando la mente oculta en el trastorno social y el destino del pueblo naciente iluminaba las sendas de las muchedumbres libres, y con estro profético y la audacia de un apóstol fulminaba sobre los tiranos y sobre el pasado la inexorable sentencia. Como la mayoría de las grandes personalidades históricas, parecía absorto en una sola contemplación, y refundía su coraje, su actividad, sus pasiones en un amor y un ideal: el pueblo, la soberanía democrática. Indómito, orgulloso, original,—ninguna condescendencia le hizo paliar su pensamiento, ni torcer su rumbo, ni moderar las formas crudas y viriles de su palabra ardiente. Durante su juventud, un día en que la fiebre le oprimía y le martirizaba con visiones extravagantes, bastóle un momento de lucidez en medio de la obsesión de lo absurdo

para recobrase, y tan imperiosa era su alma que un acto, insensato en otro, de voluntad, despejó su atmósfera fantástica y equilibró su organismo conmovido. Tanta energía era signo de su vocación de revolucionario y de iniciador. Fija el dogma, le propaga, enciende las almas en el fuego que desbordaba de la suya... y desaparece, como si la Providencia hubiera querido sublimar el credo democrático eximiendo pronto de la vulgaridad á su primer apóstol y resguardar su nombre bajo el ala de la gloria. Muere joven, puro y lejos... en la soledad del mar que traga sus cenizas para que nos quedara sólo el recuerdo de su paso, súbito como el de una ráfaga vivificante, y su doctrina inoculada en todos los espíritus, encarnada en una sociedad. Ese hombre se llama Mariano Moreno.

Repartida la labor política entre las guerras de la independencia y la revolución interior, habrían sido débiles los esfuerzos del pueblo argentino en favor de la emancipación sud-americana, si ésta no hubiera sido por sí sola un propósito bastante atractivo para dominar ciertos espíritus con exclusión de cualquier otro interés. El sentimiento de la fraternidad continental fué extraordinariamente fecundo en aquella época, y le representan en nuestra historia dos personajes, diversos por su índole, pero igualmente admirables por su patriotismo y por su fe incontrastable.

Era el primero un hombre manso y austero, sano y pensador, desinteresado y superior á to-

das las tentaciones del poder y de la gloria. No sobresalía del pueblo sino por el cultivo de su espíritu, por la fisonomía moral que le imprimían sus ideas, y por la lealtad con que, desde las más remotas manifestaciones de inquietud social, se puso en la primera línea de los reformadores, chocando intereses bastardos, esclareciendo los derechos comunes é ilustrando, por medio de luminosas controversias, los problemas económicos y los principios salvadores. Prestigiado por su patriótico concurso en las guerras de 1806 y 1807, el pueblo le arma en el día de la revolución, y encabezando soldados valerosos y voluntarios, es el primero que enarbola la bandera nacional y la consagra con victorias decisivas. Modesto en el triunfo, como era paciente y fuerte en la adversidad,—aquel noble varón, el primer representante del pueblo bajo su faz guerrera, esquiva el poderío, rehuye los laureles, entrega sin resentimiento su puesto á los que ganan el prestigio que él pierde,—y termina en la desgracia y bajo la pesadumbre de la injusticia una vida ilustre por sus virtudes cívicas y su abnegación. Era Manuel Belgrano.

El otro es San Martín. Predilecto de la gloria, nació para la guerra.—Tenía el numen que improvisa la victoria, la prudencia que la prepara sabiamente. El pueblo hizo de Belgrano un héroe. San Martín hizo del pueblo armado un ejército.—Amenazada la última almena de la libertad sud-americana, le arrebató una inspira-

ción, capaz de arredrar á quien no tuviera sus nervios de acero y su alma de espartano. Pero ¿qué son las montañas erguidas sobre la cáscara del globo para estorbar la redención de pueblos que tienen Aníbal en la guerra y Cincinatos en la paz? San Martín salvó la revolución y la condujo triunfante por tres naciones cuya libertad aseguró, huyendo del teatro político, sin escuchar los llamamientos de su ambición, gozoso de haber completado la obra más hermosa que se haya acometido en el Nuevo Mundo con el hierro y con la sangre.

Belgrano y San Martín son las dos gradiosas personificaciones del sentimiento americano y de la edad homérica de la patria. Explican una faz entera de la revolución, porque tuvieron todos sus instintos y sólo sus pasiones, todos sus propósitos y sólo sus ideas, inaccesibles como fueron á cuanto difería del programa emancipador de 1810, semejantes á aquellos seres, rememorados en los libros santos, que vienen á este mundo en sus días de crisis para salvar á los hijos de los hombres, y cuyo oído se cierra para todo lo que no les habla de la ley peculiar que les impone Dios ó los pueblos inspirados por Dios.

Me reprocharíais que olvidara á Rivadavia, porque á su respecto la posteridad, no sólo ha sido más justa que sus contemporáneos, sino que aun se ha excedido en la admiración, rayando en la idolatría. La admiración es legítima, sin duda, y la idolatría explicable. Era

Rivadavia un pensador lógico y ensimismado, al mismo tiempo que un patriota austero y generoso. Teorizador como Sieyes, imperativo como Moreno, era de inteligencia más dócil que el primero y de carácter más suave que el segundo merced á la experiencia de una vida política más larga y más azarosa. Fué monarquista hasta 1820, porque era un representante franco de las arrogancias urbanas y aristocráticas.—1820 le redime. Sométese á los hechos y reconoce el triunfo de la soberanía popular. Al acometer la empresa de regularizarla, yerra, esterilizándola bajo el imperio de un centralismo absorbente. ¡Cuánta grandeza, empero, no revela al lado de estas debilidades si contemplamos su acción civilizadora, inspirada por esta idea: que los pueblos no son libres sino en la medida de su fuerza moral, es decir, en la medida de su instrucción! ¡Cuánta grandeza en su esfuerzo por acrecentar la riqueza del país, y con ella la independencia de los hombres y su aptitud para la civilización que procuraba fomentar en las escuelas, en los parlamentos, en la prensa y en las bellas artes. No le es dado, sin embargo, á criatura alguna transformar su espíritu, y Rivadavia, después de la abjuración de 1820, pasó de una teoría á otra teoría porque era un filósofo, y de una intransigencia á otra intransigencia porque era formado del barro y de la luz con que son amasados los grandes caudillos y los grandes propagandistas. Su unitarismo exigente, sus abstracciones constitu-

cionales le perdieron y perdieron á su partido. Había dos cosas de que Rivadavia jamás dudaba: de sí mismo y de la eficacia de sus principios. Era tanta su influencia sobre el partido unitario que todo él le reflejaba. En la pertinacia de sus propósitos, en el rigorismo implacable de su lógica, en el fausto literario de sus discursos y de sus documentos oficiales, el partido unitario se revelaba como hecho á imagen y semejanza de Rivadavia. Desencantado por el cataclismo de 1827, abandonó la arena antes que defenderla con violencias sanguinarias, y de todas las temeridades de su partido que siguieron á la revolución de 1828, es inocente aquella alma impregnada de candor y de fortaleza, que hacía varonil confesión de sus errores, en medio de las amarguras de la derrota y el destierro, aleccionado por la experiencia y los libros en la triste vejez que le deparó la tiranía.

Al lado de Rivadavia, coloquemos á Dorrego, su adversario en la vida, su compañero en la inmortalidad. Apóstoles de dos soluciones políticas y sociales opuestas, concuerdan en la elevación del pensamiento y de los propósitos que les hizo jefes de nuestros dos grandes partidos constitucionales.—La mente de Rivadavia es una tradición histórica: la mente de Dorrego en la teoría y en el régimen positivo de la política es una realidad viva en la sociedad presente y en el espíritu de las generaciones actuales, que no le olvidan ó le desdeñan, sino porque la ingratitud se contagia y cunde, y hay seres dos

veces desgraciados á quienes la fortuna niega el bienestar en la vida y los honores en la tumba. Manuel Dorrego fué un apóstol, y no de los que se alzan en medio de la prosperidad y de las garantías, sino apóstol de las tremendas crisis, que así ofrecía á su patria y á su credo la elocuencia de su palabra como el noble vaso de su sangre. Menos grande que Moreno, porque envuelto en combates que éste no tuvo que afrontar, los rencores empañaron el cristal de sus pensamientos y el polvo del sangriento campo desfiguró su fisonomía histórica,—es más grande que él porque se dió en testimonio de su fe y selló su enérgica vida con una muerte admirable. Moreno y Dorrego se completan. El uno sugiere el ideal, el otro la forma de la libertad.—Moreno preconiza el derecho y la igualdad: Dorrego desafía las borrascas, buscando en el *máximum* de la explosión revolucionaria la manifestación de todas las fuerzas sociales, cuyo equilibrio debía garantizar el derecho y consolidar la igualdad. Formulando la doctrina federal resolvía todas las cuestiones internas, puesto que adoptaba el único sistema que concilia los intereses de las parcialidades políticas autonómicas con la unidad nacional, sobre la base de la libertad y de la distribución equitativa del poder. Transigiendo con los caudillos, transigía con la masa popular que les seguía, é iniciaba la tolerancia que compartieron, treinta años más tarde, todos los hombres de buena voluntad, y cuyos resultados son hoy día en la Repú-

blica Argentina nuestra prosperidad creciente y la radicación del orden constitucional.—Conspiró... Es verdad, y añadido que hizo mal; pero en nombre del respeto que merecen los muertos ilustres y en nombre de la alta imparcialidad de la historia,—yo repito á los que le denigran aquellas palabras del Salvador: «El que esté sin pecado tire contra él la piedra el primero!» Se adelantó á los tiempos y los tiempos le fueron enemigos. Hora de penumbras fué su hora y las gentes le hicieron ludibrio. Sus manes han sido profanados: por el tirano que les evocaba como signo de venganza: por los que nos llamamos libres y no tenemos lauro para su sepulcro, ni piedad para su memoria.—Pisó la verde campiña, convertida en cadalso, enseñando á sus conciudadanos la clemencia y la fraternidad y dejando á sus sacrificadores el perdón, en un día de verano ardiente como su alma, y sobre el cual la noche comenzaba á echar su velo de tinieblas, como iba á arrojar sobre él la muerte su velo de misterios. Se dejó matar con la dulzura de un niño el que había tenido dentro del pecho todos los volcanes de la pasión. Supo vivir como los héroes y morir como los mártires.—Creció en furor la onda revolucionaria que le devoraba... Vosotros lo conocéis: conocéis á Rosas, el supremo ministro del estrago.—Para aplacarlo fué necesario ampararse de la federación y de la tolerancia: Dorrego es su profeta, y si el presente es ciego ú olvidadizo, el porvenir se extasiará en el fulgor que le envuelve.

Inútil sería, señores, — multiplicar ejemplos que no podrían exceder en brillo y en nobleza á las glorias colectivas y personales que acabo de complacerme en recordar, para resolver la cuestión histórica planteada y me apresuraré á concluir.

Manifiesta la contradicción del *Dogma socialista* y sus errores en la manera de apreciar el valor relativo del honor y de la moral como leyes de la vida privada, — podemos, no obstante, aceptar su doctrina en cuanto tiende á fortalecer el espíritu de las naciones por la contemplación de sus hechos y de sus hombres preclaros, y á fomentar en este país, tan necesitado de acción enérgica, el culto de glorias tan altas como las que encierra nuestra breve y fecunda historia. — Preconizarlas equivale á fulminar desprecio sobre los falsos renombres adquiridos con mengua del decoro de los pueblos y con mengua de la justicia, más grande aún que los pueblos. — Hace esta noche <sup>(1)</sup> sesenta y dos años que un grupo de patricios preparaba en secreto el movimiento, cuyo desenlace realizó el pueblo una semana más tarde, fundando la independencia nacional y la democracia. La pasmosa rapidez de esta revolución prueba su fuerza intrínseca, y su fuerza anónima y popular prueba la magnitud del aliento que la movía; y encontraréis aquí una nueva demostración de que los hombres

(1) 18 de Mayo.

son verdaderamente grandes cuando obedecen la ley del deber, que les depara el galardón después del sacrificio. Son bellos el honor y la gloria; pero son preferibles las coronas que no hieren la frente y que en los años cansados nos dejan la esperanza cuando se va la ilusión.